



FRANCISCO R. ADRADOS

La nueva lingüística y la  
comprensión de la  
obra literaria

Trabajo publicado en la revista  
«Cuadernos Hispanoamericanos»  
Octubre - Diciembre 1969 - Núms. 238 - 240

ADRADOS



# LA NUEVA LINGÜÍSTICA Y LA COMPRESION DE LA OBRA LITERARIA

POR

FRANCISCO R. ADRADOS

Don Ramón Menéndez Pidal y su escuela, e igualmente la escuela española de Filología clásica, han hecho de siempre un principio suyo fundamental el conjuntar el estudio de la lengua con el de la literatura. Con esto seguían un viejo principio. Pues la gramática se creó en Grecia precisamente en el curso del estudio de los textos literarios y como contribución a su interpretación. Una cierta especialización se dejaba sentir a veces; pero en conjunto, en la antigüedad, en la Edad Media, en las centurias de la Edad Moderna, el estudio de la gramática y de la lingüística en general ha partido del de los textos literarios y ha estado al servicio de su interpretación. La situación, naturalmente, ha sido diferente en la escuela española, en la que ambas disciplinas se cultivaban por un interés propio y directo; pero de aquella antigua unión se conservaba en herencia la atención simultánea o alternativa a los dos campos por parte de los mismos estudiosos.

En realidad, durante algún tiempo ésta ha podido parecer una actitud tradicionalista, desfasada respecto a lo que se hacía en otras partes del mundo. Pues había sucedido que lingüística y literatura se habían convertido en dos campos totalmente independientes, con métodos propios y particulares cada uno, cultivados casi siempre por personas que los consideraban extraños entre sí. Y no hay duda de que la autonomía cobrada por la lingüística contribuyó enormemente a su progreso; autonomía que, por otra parte, ha existido igual entre nosotros. Pero el aislamiento entre las dos disciplinas de que nos estamos ocupando entrañaba también ciertos peligros. Y es satisfactorio que la lingüística moderna vaya irradiando cada vez más sus métodos al campo de la literatura, para cuyo estudio se constituye en cierta manera en un modelo, y que, sobre todo, cada vez veamos más clara la unidad esencial del estudio literario y del lingüístico, por más que existan, por supuesto, profundas diferencias de matiz. Creo que puede hoy decirse, no sin cierta satisfacción, que el estudio conjunto de lingüística y literatura —un día tal vez considerado como residuo ya no justificable de un pasado muerto— respondía a una serie de razones profundas que cada vez se ven más claras.

La expulsión violenta de la literatura del campo de la lingüística tuvo lugar, como se sabe, por obra del movimiento de la gramática histórica y comparada que surgió en Alemania en el siglo pasado. Desde un punto de vista historicista y relativista, las valoraciones de los distintos estados de lengua por su valor normativo o, al revés, como fases aún no maduras o corruptas, no tenían razón de ser. Estas valoraciones procedían de hechos de historia cultural y literaria. Se aprendió a mirar directamente a la realidad de la lengua en todas sus manifestaciones, incluso las más humildes. De ahí no había más que un paso hasta considerar la lengua literaria algo así como una lengua falsificada, alejada de la verdad del idioma. Su estudio quedó relegado a la literatura o a una retórica o teoría del estilo impresionista y deficiente.

El nuevo impulso que recibió en nuestro siglo el estudio sincrónico de las lenguas actuó en un principio en este mismo sentido. Saussure desvalorizó y dejó prácticamente fuera del estudio científico, en calidad de «habla» (*parole*), todo aquello que no pertenece al núcleo más íntimo del sistema, a las regularidades que indefectiblemente siguen todos los hablantes. La lengua literaria quedó así apartada del estudio de la lingüística. Pero hubo más todavía. La gramática tradicional había procedido con un abuso de logicismo y universalismo, como si tantas y tantas categorías lingüísticas debieran existir *a priori* en todas las lenguas y respondieran a categorías de pensamiento. Pero esto no es así. Una categoría o función sólo existe en una lengua dada cuando en ella encuentra expresión formal; si no pertenecerá al orden conceptual que se quiera, pero no al de la lengua en cuestión. Para evitar ese defecto de la gramática tradicional, la escuela de Copenhague postuló un estudio puramente formal de la lengua, la constitución de un «álgebra del lenguaje» que estudiara las funciones entre las distintas unidades desde puntos de vista absolutamente formales, y desentendiéndose para establecer esas unidades de los criterios semánticos. Ello aunque esta escuela reconoce que a la forma de la expresión responde siempre una forma del contenido. Pero, salvo en excepciones, como el estudio de la categoría del caso por Hjelmslev (1), era la forma de la expresión lo realmente estudiado; y en todo caso se trata del núcleo más central de la lengua, no de una zona marginal, como es la lengua literaria.

De igual manera, la escuela descriptivista americana, que comenzó como una técnica para la descripción de las lenguas indígenas de Norteamérica, empezó despreocupándose del sentido. Para la segmentación de unidades es evidente que en el fondo contaba con el sentido; la técnica de la conmutación se basa en su existencia. Pero para determi-

---

(1) L. HJELMSLEV: *La catégorie des cas*, Copenhague, 1935.

nar las unidades (morfemas o palabras) de la lengua objeto de estudio, el investigador se limitaba a preguntar al informante si, al sustituir una unidad por otra, resultaba un sentido total igual o diferente; no entraba en cuál era la diferencia.

Es claro que así se pueden hacer descripciones elementales de lo más rudimentario y común de las lenguas, sin riesgo de chocar con las dificultades que entraña toda descripción semántica. Es, por otra parte, una descripción insuficiente. Indicar cuáles son los signos sin indicar cuáles son sus significados es efectivamente proceder de una manera incompleta. Pues si es verdad que un significado sin signo no es un concepto lingüístico, no lo es menos que un signo sin significado tampoco lo es; no es siquiera propiamente un signo. Ciertamente, nunca se ha negado la existencia del significado; pero el desatenderlo o dejarlo para un estudio por parte de otras ciencias era una grave deficiencia.

La lingüística, durante una cierta época, sufrió un proceso de vuelta sobre sí misma, de reflexión sobre su propio método, que debe ser estrictamente formal, de aislamiento respecto a otras disciplinas que la habían invadido. Fue una especie de concentración y ascetismo, que ha constituido el punto de arranque de la lingüística moderna. Pero corría peligro de limitarse a descripciones elementales de los elementos más fijos y recurrentes de las lenguas, de alejarse del estudio de categorías y funciones en cuanto contenidos, así como de los paradigmas en que se incluyen. La lengua está al servicio de la expresión del hombre en su totalidad, de su acceso al conocimiento de la realidad que le circunda, de su vocación a la acción. Y es un sistema abierto, apto para satisfacer necesidades cambiantes de poblaciones e individuos. Todos éstos son temas de estudio abiertos a nosotros y sobre los que de nuevo se vuelve a especular.

Entre ellos, ninguno más tentador que el de las relaciones entre lengua y literatura. Pues sólo en la literatura realiza la lengua el máximo de sus potencialidades, puesta al servicio de lo más nuevo y fluente, lo más individual y lo más primario al mismo tiempo; y ello con procedimientos que son en principio semejantes a los de la lengua, que son los mismos en definitiva. Pues hemos de concebir la lengua como una serie de esferas concéntricas o de planos superpuestos; desde su núcleo central, común a todos los hablantes, se especializa en diversas direcciones.

Veamos algunos de los puntos de arranque a partir de los cuales vuelve a establecerse o puede esperarse que se establezca la nueva conexión entre lengua y literatura.

Uno de ellos ya queda aludido: es la nueva estilística. Un discípulo

de Saussure como es Bally llegó pronto a interesarse por aquello que es más cambiante en la lengua: por los elementos expresivos y afectivos del habla, que luego, históricamente, se fosilizan y sistematizan hasta convertirse en parte de la gramática. Bally se interesaba más bien por el habla popular; pero de sus estudios (2) se deduce bien claro que los recursos que ésta desarrolla y las intenciones a cuyo servicio están son paralelos a los de la lengua literaria. Y que toda esta zona marginal que es el estilo envuelve al núcleo de la lengua y es esencial para comprender la evolución de este último.

El concepto del estilo como elección, dentro de una zona de la lengua en la que existen gradaciones y posibilidades múltiples, ha estado luego en la base de las ideas de otros autores, como Devoto (3). Pero más tarde se ha insistido en el concepto de anomalía o desviación, que serían las verdaderas productoras del estilo; entendiéndose que a veces la anomalía consiste en el uso de un elemento totalmente normal, pero que aparece con una frecuencia o distribución anómalas. Pero más interesante todavía, desde nuestro punto de vista, es señalar que se han producido intentos—así los de Riffaterre (4) y Hernández Vista (5)—de estudiar estas anomalías o desviaciones sintagmáticamente, en función del contexto, y otros, como los de Levin (6) y Koch (7), de estudiar el valor estilístico de un elemento en función del paradigma en que se integra. Pero con esto nos movemos ya dentro del terreno clásico de las unidades lingüísticas en general. Pues es sabido que cualquier unidad de la lengua modifica su sentido en función de la distribución o contexto y que, dentro de una distribución dada, es el paradigma en que se integra el que la define. Igualmente, la idea de la convergencia, es decir, de la confluencia en un pasaje de rasgos estilísticos diversos con la misma función, lo que sería, según los autores citados en primer lugar, una característica del estilo, nos hace recordar que en lingüística son normales los hechos de redundancia: la marca de un significado mediante varios significantes simultáneos.

Es decir, que el estilo es una parte de la lengua. A partir de aquí habrá que marcar qué es lo que tiene de específico. Por ejemplo, que a los significantes anómalos responden significados anómalos o desviados, que no aspiran al grado de generalidad de los gramaticales; que los paradigmas estilísticos son más abiertos y cambiantes, que su sig-

---

(2) Sobre todo, *El lenguaje y la vida*, trad. española, Buenos Aires, 1941.

(3) *Studi di Stilistica*, Florencia, 1950. *Nuovi studi di Stilistica*, Florencia, 1962.

(4) «Criteria for Style Analysis», *Word*, 15, 1959, pp. 154 ss.; «Stylistic context», *Word*, 20, 1960, pp. 207 ss.; «Vers une définition linguistique du Style», *Word*, 21, 1961, pp. 318 ss.

(5) *Figuras y situaciones en la Encida*, 3.<sup>a</sup> ed., Madrid, 1964.

(6) «Internal and external deviation in Poetry», *Word*, 21, 1965, pp. 225 ss.

(7) «On the Principles of Stylistics», *Lingua*, 13, 1963, pp. 411 ss.

nificado es mucho menos fijo y más abierto al influjo de la distribución, que las unidades estilísticas que construyen las convergencias y los contrastes—de los que habría que hablar igualmente—tienden a no corresponder a las de la lengua, etc.

Por esta vía la gramática estructural ha llegado a penetrar en los problemas de la lengua literaria. Los estilos han podido considerarse como dialectos (8), es decir, como socializaciones de diversos usos, pero sin base geográfica, y las unidades literarias ser consideradas—por ejemplo, por de Groot (9)—como *Gestalte* o figuras que aúnan elementos, sin constituir por ello una suma, sino una superación y potenciación de los mismos, igual que se ha dicho de las unidades lingüísticas. Por aquí se ha confluído con las ideas avanzadas por los formalistas rusos, que iniciaron el estudio de la literatura desde el punto de vista formal, pero, naturalmente, prestando atención al contenido.

Por otra parte, los estudios de semántica, que nunca estuvieron completamente obliterados, han resurgido con gran brío. Un autor como Ullmann conjunta el estudio de la semántica con el del estilo (10), lo que se explica por la conexión íntima de ambos; son las más matizadas fluctuaciones del sentido de las unidades gramaticales y léxicas las que se ponen al servicio de la intención profunda del escritor. Dentro de la misma escuela descriptivista americana acabó por surgir, por obra de autores como Garvin (11), Pike (12) y otros, un interés por los problemas semánticos, lo que inmediatamente les llevó a interesarse por las zonas límite de los sistemas semánticos, que son las aprovechadas por la lengua literaria. Y ha surgido poco a poco, o está surgiendo, por mejor decir, una semántica estructural que es susceptible de lograr resultados en lo relativo a la evolución del sentido, a la creación de metáforas y otros recursos, al estudio de las neutralizaciones. Nosotros mismos hemos escrito algunas cosas en este sentido (13).

Así puede llegarse a concebir una ciencia de la literatura basada fundamentalmente en la estilística. El estudio de las unidades literarias en que se organiza una obra, de sus relaciones, de la síntesis de sentidos complejos derivados de sus combinaciones y de su situación en los paradigmas resultantes de la existencia de diversos géneros y «estilos»; todo esto, y no cuestiones biográficas ni de ambiente histórico

---

(8) Cf. W. WINTER: «Styles as Dialects», *Proc. IX Congr. of Linguistics*, La Haya, 1964, pp. 324 ss.

(9) «The Description of a Poem», *Proc. IX Congr. of Linguistics*, pp. 292 ss.

(10) Cf., por ejemplo, sus libros *Language and Styl*, Oxford, 1964, y *Semántica*, trad. esp., Madrid, 1965.

(11) *On linguistic Method*, La Haya, 1964.

(12) *Language in Relation to a unified Theory of human Behavior*, vols. I-III, Glendale, Cal., 1954-1960.

(13) Trabajos recogidos en *Estudios de Lingüística general*, Barcelona, 1969.

o sociológico, ni el estudio del fondo antes de su organización literaria, es lo que constituye el verdadero estudio literario; un estudio de signos con su significante y su significado, como en lingüística. De significantes y significados especiales, desde luego, complejos y cambiantes, por otra parte, y que presentan problemas propios a la hora de describirlos. Aunque es cierto que un signo, sea lingüístico o literario, sólo puede comprenderse plenamente a partir de los presupuestos previos del que lo enuncia y teniendo en cuenta el contexto externo en que se formula; sólo desde estos puntos de vista son auxilios necesarios para el estudio literario los datos biográficos o históricos, que a veces constituyen, con ciertas generalizaciones vagas, la totalidad de la información de algunos manuales de historia literaria.

Esta ciencia de la literatura, naturalmente, es hoy, pese a algunas tentativas, más un programa que una realidad (14). Pero está en trance de realización, y es bien claro que para ella la literatura no es más que una continuación de la lengua, su culminación a escala individual o de grupos o géneros diversos y logrando poner sus mecanismos más finos al servicio de la expresión y de la captación del conocimiento.

Es realmente interesante comprobar que la gramática transformacional, que ha partido de principios bien alejados de toda ciencia literaria, ha desembocado en este camino. Si se trataba de posibilitar una descripción total de la lengua mediante la compilación de un *corpus* de «oraciones nucleares», del que, mediante unas cuantas leyes de transformación se dedujeran todas las oraciones posibles en la lengua en cuestión —así empezó Chomsky (15)—, pronto se chocó con el hecho de lo que los mismos transformacionalistas han llamado grados diferentes de gramaticalidad y con los problemas de indeterminación entre los límites de la sintaxis y la semántica. Para prescindir de estos últimos, diremos que la teoría de los grados diversos de gramaticalidad ha sido utilizada por Levin (16) para definir la lengua literaria por su bajo grado de gramaticalidad, lo que viene a equivaler a las ideas aludidas arriba sobre la desviación, pero tratando de darles una base teórica más concreta. También aquí, en definitiva, se llega a la literatura como una prolongación de la zona nuclear de la lengua, y lo mismo en cuanto al sentido, pues se trata de la zona intermedia entre

---

(14) Cf. sobre esta corriente, R. WELLEK: «The main Trends of Twentieth-Century Criticism», en *Concepts of Criticism*, New Haven, 1963, pp. 349 ss.; diversos trabajos de JACOBSON y FONAGY; el libro de COHEN: *Structure du langage poétique*, París, 1966, etc. Entre nosotros, JAVIER DE HOZ: «En torno al signo lingüístico, Aristóteles y la Tragedia griega» (en prensa en *Emerita*). El precedente está en los formalistas rusos; cf. V. ERLICH: *Russian Formalism*, La Haya, 1965.

(15) *Syntactic Structures*, 3.<sup>a</sup> ed., La Haya, 1963.

(16) «Poetry and Grammaticalness», *Proc. IX Congr. of Linguistics*, pp. 308 ss.



los sentidos «lógicos», es decir, comunes y mostrencos, y aquellos que, en el otro extremo de la escala, son absurdos porque no son interpretables ni siquiera metafóricamente.

Todo este complejo de ideas, no enunciado más que someramente, abre, sin duda alguna, el camino a una mejor comprensión de la obra literaria. Y lo mismo de la obra literaria en general, prescindiendo de momento de la lengua en que está escrita y la cultura a que pertenece, como de obras situadas a considerable distancia de nosotros desde estos puntos de vista. Comencemos por el primer tema.

Hemos de considerar la lengua literaria como una de las dos especializaciones fundamentales de la lengua común. Es claro que toda lengua tiende a—conservando un mismo núcleo—degradarse en variantes que se organizan, por un proceso que llamaremos de socialización, en lenguas especiales, bien al servicio de intereses profesionales o técnicos de los distintos grupos sociales, de los «niveles» de la conversación y las circunstancias en que tiene lugar, de los distintos sexos o edades, grupos religiosos o políticos, regiones, etc. Los elementos especiales de cada uno de estos dialectos tienen funciones al servicio de las necesidades de sus hablantes; al tiempo tienen un valor diferencial: el marcar precisamente la diferencia entre un grupo de personas y otras. Pues bien: la lengua científica y la literaria son dos de estos «dialectos», solamente que al servicio de necesidades de conocimiento y expresión muy generales, contrastantes entre sí. La lengua científica tiende a abolir rasgos generales de la lengua, como son la multifuncionalidad de unos mismos elementos, las neutralizaciones, los sinónimos y homónimos. Tiende al ideal de un significado para cada significante y viceversa, a una regularidad formal entre unos y otros, a unos significados de valor humano general y relacionados en forma sistemática. Por el contrario, la lengua literaria procede de una manera inversa. Cultiva y desarrolla la multifuncionalidad: el sentido cambiante de las mismas unidades según la distribución, el empleo metafórico, etc. Usa abundantemente de la sinonimia más o menos completa, de la neutralización. Usa tanto de la redundancia como de la indeterminación. Rompe las unidades más usuales y establece nuevas conexiones, que nunca se adhieren largamente a una misma forma. Es el dominio de lo individual, lo nuevo y cambiante y también de lo general humano a un nivel sublógico, estableciendo sinestias, metáforas y conexiones entre dominios que la lengua común mantiene alejados entre sí. Aumenta la dosis de información respecto a lo que es habitual, lo que exige una atención mayor de la que se da a un texto normal de la lengua; exige un conocimiento de hábitos de distribución y de paradigmas, de una serie de presupuestos externos, pues sin él el signo resulta incompre-

sible. Para compensar, borra mediante la neutralización categorías de la lengua común que distraerían la atención del lector respecto a la intención del que escribe. Por otra parte, tolera un grado de abertura, de indefinición, que es también mayor que el habitual.

La comprensión de los signos literarios es difícil por todo esto. Y más cuando a lo largo de un período, del desarrollo de una escuela literaria, se forma un *crescendo* de los mismos para compensar la rutina y la mecanización, que les quita valor informativo. Esta comprensión se realiza igual que la de los dialectos de tipo social o geográfico: mediante un *code switch*, que hace que del núcleo común conocido se pueda pasar a los nuevos elementos desconocidos. Ello mediante el apoyo que suministran los hechos de redundancia. Pero en ocasiones la redundancia existe más dentro del nuevo código poético que por relación al común, y entonces es necesario el aprendizaje de ese código en sí y por su contraste con otros también poéticos. Pues un signo tiene un significado a varios niveles: el del pasaje, el de la obra literaria, el del género, etc.

Por todo ello, la comprensión de la obra literaria, significado complejo y desviado producido por significantes complejos y desviados, es difícil. Cuando este grado de dificultad se hace excesivo, tiende a producirse un cambio radical, provocado además por la falta de valor informativo para los iniciados, de unos mismos signos. En todo caso, hay una tendencia implícita de la literatura, en su evolución, a hacerse minoritaria y cosa de grupos diversos—tendencia contrapesada periódicamente por la reacción indicada.

Pese a estas reacciones, la literatura es probablemente minoritaria siempre en un sentido diferente. Así como su forma, sus significantes, es siempre marginal respecto al núcleo de la lengua, también lo es el contenido. Lo uno va con lo otro. Es posible que, sumadas todas las marginalidades de la forma o el contenido, superen cuantitativamente a los elementos del núcleo; pero en el momento en que aparece una marginalidad tiene este carácter de tal frente al sólido núcleo con el que contrasta. Desde el punto de vista del contenido, a partir de sus orígenes, la literatura ha tenido un carácter entre sacral, lúdico y crítico. Ha nacido en la fiesta religiosa o en actos puramente religiosos y en fiestas ya profanizadas. La danza, acompañada del canto, ha sido en Grecia origen de la lírica, del teatro y de la música pura. En cuanto mimética, señalaba la ruptura de los límites del yo y la adquisición de nuevas personalidades, lo que se interpretaba como una posesión por fuerzas divinas. Pero incluso en la poesía no mimética, hay una inspiración o posesión, un abandonar el propio yo para ampliarlo, cono-

ciendo el pasado o el futuro; adivinos y poetas eran una cosa y la misma en el origen. Y se abandona el propio yo para abandonar el mundo de la normalidad, hablar del dolor y la muerte, burlarse del sistema presente, contraponiéndole una utopía, criticarle. Búsqueda de paraísos ideales, proyección al presente de momentos estelares, dolor y risa, reformismo y nostalgia han ido siempre, como la sombra al cuerpo, unidos a la poesía. En el tiempo y espacio en que se ejecuta, en los círculos y momentos en que actúa, ha sido siempre la expresión de todo ese mundo de posibilidades y de angustias, de esperanzas y de modelos, que envuelve al mundo habitual de la sociedad, haciéndolo evolucionar, es cierto, pero lenta y penosamente, sin plan ni sistema, a tientas. Es un mundo marginal el que se expresa por medios formales marginales.

El verdadero estudio de la literatura exigiría, en primer lugar, el conocimiento del valor de los recursos de estilo—incluidos en ellos las grandes unidades literarias—y de su funcionamiento cuando se hacen de contexto recíproco, de sus paradigmas. Pero un signo tiene un sentido diferente según quien lo usa; aquí viene el estudio biográfico, histórico, sociológico. Y un signo tiene también distinto sentido según quien lo percibe; las experiencias de éste le hacen interpretarlo en forma diversa. Y así puede suceder—sobre todo si nos enfrentamos con una obra literaria de otra edad—que atribuyamos un determinado valor a elementos que tenían otros o no captemos el de elementos que lo tenían. El recuperar el verdadero significado de los signos es la verdadera función de la exégesis literaria.

Pero lo problemático de la comprensión de la literatura permanece todavía presente después de todo esto. Una obra literaria es un signo tan absolutamente complejo y único que no es fácil—es imposible, mejor dicho—dar de él una definición exhaustiva y rápida. No existen signos breves que tengan un contenido tan complejo. De ahí conclusiones precipitadas cuando se ha querido fijar de una vez para siempre la «tesis» o idea central de tal o cual obra. El sentido final es una «figura» creada trabajosamente por la síntesis por convergencias y contrastes sucesivos de sus unidades componentes. Recobrando el verdadero valor de cada una, viendo sus interacciones, se puede favorecer la intuición de total. Se trata de hacer consciente el proceso por el que un lector bien informado y bien dotado puede llegar a la aprehensión del valor total. De alejar las tentaciones de la consideración atomística de las unidades o de la desatención de aquellas que no se ajustan a nuestro prejuicio. Pero son tantos los signos y tantas sus relaciones que siempre tendremos que buscar unas líneas directrices y siempre habrá un cierto peligro de subjetivismo. Esto es connatural con la abertura

de todo signo lingüístico, con sus laxos límites de significado, que dependen del hablante, el oyente, el contexto verbal y el extraverbal, la paradigmaticidad; pero es mucho más cierto para los signos literarios complejos. Al menos, podremos tal vez jerarquizar mejor el papel de los distintos elementos al servicio del significado total.

Naturalmente, el problema es más grave cuando se trata de obras literarias escritas en una lengua que no es la nuestra y procedentes de una cultura alejada de la nuestra. Arriba hemos aludido a obras en nuestra misma lengua, pero de una época anterior; ahora es algo semejante, pero los problemas se agravan mucho más.

Los principios de la lingüística pueden ayudarnos también aquí a elucidar cómo funciona nuestra capacidad de comprensión de la obra literaria y con qué límites podemos chocar.

Si en principio la obra literaria es un fragmento de la cadena hablada como otro cualquiera, es decir, lengua, hay que partir del hecho de la posibilidad de la traducción, posibilidad, naturalmente, dentro de ciertas limitaciones. Hay también en este caso que partir de la lengua «normal».

Si entre las lenguas hubiera una correspondencia absoluta de los significados de los signos, la diferencia entre los significantes sería de muy poco efecto para dificultar la comprensión mutua. Esto es lo que ocurre cuando un texto es cifrado con diferentes claves: siempre hay correspondencia con un contenido único. El hombre ingenuo que se acerca al fenómeno de la lengua considera instintivamente que las relaciones entre las lenguas son de un tipo similar. Está engañado por la relativa proximidad de las lenguas europeas entre sí por razones de origen y otras históricas y culturales. Pero el hecho es que, incluso en este caso especialmente favorable, cada lengua representa un análisis diferente de la realidad.

Es lo que se llama el anisomorfismo de las lenguas. Hay categorías gramaticales que se dan en una lengua, pero no en otra. Puede haber verbo sin tiempos, modos, número ni personas; puede faltar el caso, haber no género gramatical, agruparse los nombres en diferentes «clases» o no, etc. Dentro del vocabulario, basta echar una ojeada a un diccionario bilingüe para darse cuenta de que una palabra de una lengua puede corresponder a dos o tres de otra o de que lo que en una lengua se expresa con una palabra, en otra necesita tal vez un sintagma o no puede expresarse simplemente.

Sin embargo, existen los universales de la lengua, sobre cuyo estudio se ha vuelto últimamente (17) después de una época de desvío. Entre

---

(17) Cf., por ejemplo, el libro editado por J. H. GREENBERG: *Universals of Language*, 2.<sup>a</sup> ed., Cambridge, Mass., 1966.

ellos, los universales generales confieren a todas las lenguas una estructura idéntica en cuanto a posibilidades de organizar sus signos y las características de sus signos: abertura, multifuncionalidad, organización jerárquica, redundancia, oposición a unidades no significativas (fonemas) y clasificación en signos gramaticales y lexicales, etc. Gracias a estos rasgos comunes, las dificultades que procura el anisomorfismo no son, en principio, insalvables. Podría decirse que todo lo que es expresable en una lengua lo es también en otra lengua cualquiera. Basta con cambiar de nivel jerárquico o de pasar de la gramática al vocabulario o al revés. El chino puede entender perfectamente el número, pese a no conocerlo como parte de su morfología; el léxico le ayuda a resolver el problema. Lo mismo ocurre en inglés, que nos es más familiar, con el género, etc.

Pero el problema consiste en que la traducción perfecta, que no perdiera ninguno de los rasgos de contenido de tal lengua «de entrada», necesitaría introducir en la de salida tal cantidad de perífrasis, tal sobrecarga de información, que la distorsionaría extrañamente. De otra parte, la conciencia de un valor gramatical es distinta de la de una suma de hechos lexicales. Y por otra parte, es imposible abandonar una serie de rasgos de la lengua «de entrada», como habría que hacer cuando no existen en la «de salida». En suma, la traducción total es imposible; se trata de un límite al que hay que aproximarse con ayuda de la distorsión que en cierta medida admiten todas las lenguas y de las posibilidades de elección que también ofrecen.

Por tanto, es claro —y esto es a lo que íbamos— que la traducción será tanto más fácil cuanto más próximas estén tipológicamente las lenguas en cuestión. De los universales de la lengua —no ya los generales, sino los concretos y las implicaciones— se pasa a los cuasi universales y a los rasgos más o menos frecuentes; y se pueden establecer tipos lingüísticos diferentes, aunque la tipología lingüística sea todavía una ciencia en sus comienzos. Nada de extraño que a veces la traducción sea especialmente fácil, aproximándose las lenguas a lo que son los distintos cifrados de un mismo texto. Así, cuando se trata de textos científicos en lenguas europeas o de otros tipos de lenguajes *standard*, fácilmente accesibles a las máquinas de traducir.

Hay que subrayar aquí la falta de problematismo con que ha procedido la gramática transformacional. En la nueva versión de Chomsky (18), posterior al libro de Katz y Postal (19), se ha prescindido de la transformación de las «oraciones nucleares», y se ha postulado la existencia de marcadores de frases básicos y de superficie o derivados.

---

(18) *Aspects of the Theory of Syntax*, Cambridge, Mass., 1965.

(19) *An integrated Theory of linguistic Description*, Cambridge, Mass., 1964.

El marcador de frase básico es un esquema de las relaciones de las unidades que se integran en la oración; esquema hecho sobre una base binarista, derivada de la gramática de constituyentes inmediatos y realizado no sin ciertas convenciones criticables. Pero hay algo interesante en el planteamiento: a un marcador básico responde en una lengua dada un marcador de superficie, que se deduce mediante una serie de reglas que indican cómo se nota en esa lengua, por ejemplo, la relación entre sujeto y verbo o verbo y complemento directo. Ahora bien, Chomsky procede como si los marcadores de frase básicos fueran universales; en ese caso las traducciones de un mismo texto en diferentes lenguas estarían entre sí en la relación de varios marcadores derivados, deducidos con reglas diferentes de un marcador básico.

Este no es el caso, pues ni siquiera conceptos como los nuestros de sujeto o complemento directo son universales. Chomsky, que ha arrancado de la gramática tradicional, sin pasar antes por la lingüística moderna, tiende a enlazar con el logicismo de Port Royal y a caer en vicios hace tiempo superados. Pero su planteamiento nos resulta útil para plantear el problema, más que de la traducción, de la comprensión de los textos literarios, que es el que aquí nos interesa.

En realidad, deberíamos distinguir, a este respecto, tres planos:

a) El plano formal. A los universales de la lengua responden universales del estilo en cuanto generales; es a ellos, más o menos, a los que hemos venido aludiendo en páginas anteriores. Estos universales generales son atendidos mediante universales (o cuasi universales) concretos e implicaciones también universales o cuasi universales. Es sorprendente, en efecto, el grado de generalidad de los recursos estilísticos concretos, tanto en lo fonológico como en el caso de la metáfora, orden de palabras, elementos rítmicos, etc. Pero aquí también, por supuesto, habría que establecer una tipología, y el grado de traducibilidad variará conforme al parentesco tipológico.

b) El plano del contenido en su aspecto genérico. Aquí la literatura y sobre todo la poesía nos presentan verdaderos universales o cuasi universales humanos. En cierto sentido son como un fondo pre-analizado que subyace a la visión más organizada del mundo, propia de las lenguas de cultura. Relaciones entre lo humano y lo divino o lo animal o vegetal, un sentido de la comunidad de la naturaleza, un subrayado de emociones y estados anímicos fluyentes, vagos y cambiantes, una sinestesia constante entre el mundo de los diversos sentidos, una comunidad de lo concreto y lo abstracto, el simbolismo, la insistencia en los datos elementales de la vida humana en un contexto no humano; todo esto es característico. Oposiciones como la de tiempo y espacio, animado e inanimado, y tantas otras más carecen con

frecuencia de valor. Aquí subyacen las grandes posibilidades de la comprensión humana general de la literatura, sobre todo en sus estadios menos sofisticados; aunque, por supuesto, una tipología sería también indispensable.

c) El plano del contenido en su aspecto específico. Aquí es donde se encuentran las grandes dificultades. Si cada cultura es un sistema en que se organizan valores implicados entre sí y que han adquirido un determinado grado de socialización suficiente para constituir un núcleo que determina la vida de un pueblo, no es menos claro que tanto ese núcleo como el margen o periferia que lo envuelven tienen elementos comunes con otros sistemas culturales. Hay, por decirlo así, unidades mínimas que se reencuentran en diversas culturas, aunque su valor e importancia dentro de cada una dependan de su lugar en el sistema respectivo. Estas unidades pertenecen a veces al plano general de que hablábamos en *b*); pero otras admiten formulaciones más estrictas en términos culturales. Y luego, dentro de cada cultura o subcultura, actúan por razones sistemáticas en forma muy diferente.

La literatura se ocupa muy esencialmente, decíamos, de contenidos marginales, explicitados también mediante recursos marginales. Ahora bien: esos contenidos marginales son, aunque pueda sonar a paradoja, de una gran generalidad humana. Pertenecen al dominio de lo generalmente humano, todavía no o ya no estructurado conforme a un sistema dado. Es lo que está antes del sistema y lo que el sistema echa de menos. Lo primitivo, que se refleja en la concepción del tiempo mítico, tal como lo conocen los historiadores de la religión, y lo utópico o lo perteneciente a los paraísos finales, sacros a profanos, que se nos ofrecen.

Pero el que se trate de elementos con gran generalidad humana no quiere decir que esa generalidad sea total o haya de durar siempre. Y además se nos plantea un grave problema de «traducción» previa. Un elemento general o de amplia difusión puede estar expresado variamente en diversas culturas. Es como si a un marcador de frase básico respondieran varios derivados. En realidad, el problema es el mismo; sólo que arriba hablábamos de los significados de los signos gramaticales y ahora hablamos de los significados o contenidos de signos complejos: las obras literarias, y que además postulamos que ciertos contenidos no acceden directamente a ellas, sino a través de formas culturales específicas que tenemos que comprender a través de las nuestras. Pero, en suma, lo que ocurre en lingüística supone una buena guía para el planteamiento del problema.

Pongamos algún ejemplo. El respeto al cuerpo muerto y un tratamiento ritual del mismo es un hecho común, como lo son el senti-

miento de una obligación especial para nuestra familia, que es parte de nosotros, y el sentimiento de injusticia cuando vemos violado algo que consideramos como nuestro derecho y nuestro deber más indiscutibles. Son rasgos humanos universales o cuasi universales. Pero en *Antígona* todo esto está condicionado culturalmente. El que la obligación religiosa se satisfaga con un puñado de tierra, el que sea suficientemente fuerte para merecer la muerte de la hermana, el que sólo tenga vigencia para los miembros de la familia, nos resulta forzado desde nuestro punto de vista. Y, sin embargo, de cuando en cuando podemos leer las penalidades que hombres como nosotros se imponen para recuperar los cadáveres de los pasajeros de un avión siniestrado o de unos montañeros muertos en accidente. Hay una vía de traducción que, sin embargo, no evita la extrañeza que nos producen ciertos detalles. Ahora bien: si el respeto religioso que inspira el cuerpo muerto desapareciera en una sociedad totalmente desacralizada, ¿cómo podría haber todavía una comprensión de *Antígona*? Si la vida sexual quedara alguna vez liberada de toda clase de restricciones, que además actúan sobre la propia conciencia, ¿cómo podrían comprenderse obras como, por ejemplo, *Ana Karenina*?

El problema en su conjunto puede plantearse diciendo que a mayor aproximación de las lenguas y de los tipos culturales humanos aumenta la traducibilidad, y a mayor diferenciación disminuye, exigiendo, para alcanzar alguna aproximación, un grave esfuerzo para situar los contenidos en su contexto humano, lingüístico y cultural propios; esfuerzo cada vez más difícil de realizar por círculos importantes de personas.

El estado actual de la humanidad podría caracterizarse, sumariamente, de la manera siguiente: en cuanto a los signos lexicales, se tiende a una homogeneización cada vez mayor, bien por préstamo de unas determinadas lenguas, bien por calcos semánticos. Es éste un proceso que comenzó desde la difusión del vocabulario técnico griego y latino y continuó por la creación de un vocabulario técnico-científico europeo, que tiende ahora a convertirse en universal. Esto corresponde a una universalización de los contenidos, no solamente los propiamente científicos, sino todo un complejo de formas de vida. En este sentido, el grado de traducibilidad entre las lenguas aumenta constantemente.

Los signos gramaticales son más conservadores; si antes el problema que de aquí se deduce tendía a resolverse con la extensión de unas pocas lenguas generales y la eliminación de las demás, o bien su reducción al estado de lenguas de uso familiar o, en todo caso, propias de ámbitos restringidos o relegados, hoy el resurgir de los nacionalismos hace aumentar el número de lenguas que aspiran a ser lenguas de cultura y lenguas de comunicación entre vastos grupos de



hablantes. El problema de la diversidad de categorías mentales que estas lenguas implica se resuelve en cierta medida reduciendo estas categorías al estado de fósiles, que ya nada tienen que ver con el pensamiento de los hablantes de tales lenguas, mientras que las categorías de las lenguas que dan la tónica universal son aprehendidas a otros niveles de la lengua propia. Por otra parte, en cierta medida, parece claro que los hábitos clasificatorios de las lenguas, de todas las lenguas, son inasimilables a los de la ciencia, que choca cada vez más con las insuficiencias del lenguaje humano en general y tiende a crearse lenguajes propios. El mundo de los sentimientos, la tendencia a la creación de hipóstasis, el pensamiento bipolar o antitético, la diferencia entre sustancia y cualidad, las neutralizaciones, todo esto, que de un modo u otro halla reflejo en todas las lenguas, encuentra poca cabida en el mundo de la ciencia. Parece que el hombre ha de resignarse a vivir en un doble mundo: el de la lengua general y el de la lengua científica; por otro lado—en parte coincidentes—, la lengua es la primera descripción del mundo y la primera arma para su conocimiento, aunque luego constituya una barrera sobre la que hay que saltar. Dentro de este mundo de la lengua general es donde se encuentran, aunque se vayan atenuando, las mayores barreras para la intercomunicación; se trata al tiempo de un factor de riqueza que impide el seguro dogmatismo de las culturas monolingües.

Finalmente, respecto a los signos superiores o literarios, las cosas son más complejas. Estos signos se han creado secundariamente, como consecuencia de un desarrollo especial de ciertas lenguas—desarrollo en un sentido diferente al de la lengua científica—. Luego ha venido el ímpetu arrollador de las formas literarias occidentales, que tienden a dejar su huella en todas partes, si bien la literatura está cada vez menos formalizada, es decir, las unidades se conocen más por sus funciones que por su forma, como tiende a ocurrir, por lo demás, en toda la cultura moderna. Pero en cuanto a los contenidos la cosa varía. La difusión de ciertas formas culturales pertenecientes al apartado *c)* de arriba tienden a aislar de nosotros y hacer extraños los contenidos de obras literarias antiguas y de culturas exóticas. Es más: pese a su innegable unidad, la cultura moderna produce desarrollos antitéticos difícilmente accesibles todos ellos simultáneamente, y más cuando tienden a revestirse de signos homónimos; con igual forma, pero sentidos diferentes. Respecto al apartado *b)*, de lo generalmente humano continúa habiendo una mayor uniformidad. Pero el filtrado para pasar de marcadores de base a otros derivados y lograr así experiencias y sentimientos generales y traducirlos a nuestras formas propias, haciendo comprensibles las ajenas, es más difícil cada día.

Junto a la lengua básica común, diferenciada en distintos idiomas, la lengua científica y la literaria tienden entre sí a una diferenciación progresiva en cuanto a la forma. Cada una de ellas, por otra parte, tiende a un grado cada vez mayor de universalidad. Pero esta universalidad de la forma recubre en la lengua científica una universalidad del fondo. Y, en cambio, en el plano literario la verdad es más bien ésta: una cierta uniformización deja incomunicadas las zonas relegadas.

De todas maneras, siempre ha sido verdad que en el plano más universalmente humano—el de la lengua común e incluso el de la expresión literaria de los «contenidos genéricos»—la uniformidad siempre ha sido mayor, dentro de cada cultura, que en el de los productos culturales más desarrollados. Comparando culturas diferentes, los hechos son semejantes, con todas las matizaciones que haya que introducir. El problema es si no se está creando una cultura que elimine algunos «marcadores de base», algunos universales humanos y no ya sus formas históricas. Esto sí que haría prácticamente imposible la comunicación con las culturas pretéritas y entre las culturas existentes en distintos estadios evolutivos.

A partir de aquí, tendríamos que entrar en una vía completamente impresionista y ensayística; dejamos el tema para otros. Lo que nos interesaba hacer notar es que la lingüística moderna ha creado y está creando nuevos accesos al mundo de la literatura y del pensamiento en general y, concretamente, ofrece apoyos y paralelismos para el estudio del tema de la traducibilidad en su sentido más amplio. Sienta las bases para que pueda algún día establecerse una teoría de los grados de éxito en la comunicación humana en todos los niveles. Problema éste bien decisivo también desde el punto de vista sociológico e histórico.

Así, la estrecha asociación del estudio de la literatura y de la lengua en la orientación tradicional de estos estudios, y luego en determinadas escuelas, como la española, no es una arbitrariedad ni un hecho de azar. No es solamente que la literatura no es accesible sin el estudio de la lengua y que el estudio de la una sin el de la otra no es concebible en la práctica. Es que se trata de dos dominios solidarios, propiamente de dos especializaciones de uno mismo, que en el fondo dependen de principios comunes. Aquí hemos tratado de avanzar unas ideas sobre un aspecto de su problemática.

FRANCISCO R. ADRADOS  
Ministro Ibáñez Martín, 5  
MADRID-15